

JUST FOR ONE DAY

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío, se dio cuenta que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sábana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y cayó al suelo, para cuando pudo cogerlo tan solo escuchó una respiración entrecortada que se perdió entre el rechinar de los muelles de la cama. En el momento que pudo prestar atención, ya era tarde y solo pudo escuchar ese “*pi-pi-pi*” que marca el final de la comunicación.

A duras penas pudo alzar su cuerpo molido por la noche anterior y cuando puso un pie en el suelo sus dedos se humedecieron desagradablemente con los restos de lo que parecía ser la cena del día anterior. El regusto de la última copa de whisky se mezclaba con la acidez de haberla devuelto al parqué que se había empeñado en poner su ex mujer. Las noches se sucedían entre bares, pubs y afters, la separación le comía por dentro y se refugiaba en la noche cual gato callejero, esperando así encontrar un nuevo rumbo.

De nuevo sonó el teléfono, esta vez se apresuró a cogerlo. Al descolgarlo se volvieron a escuchar esas respiraciones, pero esta vez las acompañaron una tenue voz... “*¿Qué hiciste?*” Y de nuevo un silencio desgarrador que para nada era comparable con la tormenta que ahora mismo se desataba ferozmente en su cabeza.

Incapaz de recordar nada se sumergió en su rutina vorágine que le daba una sensación de calma y monotonía a partes iguales, a menudo divagaba con como habría sido su vida si hubiese seguido los cauces de su aventura cerebral en vez de los pasos que marca la sociedad; casarse, hipotecarse, criar... de nuevo un terrible y temerario pinchazo en su sien le arrodillo frente a la puerta mientras se escuchaba el tintineo de unas llaves que parecían querer abrir la cerradura.

Ella

El sonido del teléfono se diluyó en los últimos compases de un sueño que de reparador tuvo poco o nada. Ya de madrugada tuvo que silenciar las notificaciones por la insistencia de su marido, que una vez más parecía pasar la noche de barra en barra, encerrado en aquel sueño fugaz de muchos cuarentones que creen tener 20 cuando nadie los acompaña en su día a día. Miró el teléfono y las notificaciones inundaron la pantalla, 13 llamadas

perdidas, otros tantos whatsapps y un sinnfín de mensajes en el contestador de voz, algo poco habitual pero que los borrachos incondicionalmente utilizaban como desahogo, cayendo en la falsedad de que al otro lado están escuchando, porque normalmente solo necesitan eso, que los escuchen.

Aun no se había incorporado cuando el teléfono sonó, un número largo y tedioso de leer que daba que pensar. Contestó con un simple - *¿diga?* que para nada esperaba encontrarse con esa tenue voz que preguntaba *¿Por qué fuiste?* Para dejar un silencio sepulcral tras de sí.

La incertidumbre, la culpa y la ansiedad de no saber que le depararía el día se entremezclaban como los tentáculos de un pulpo que se refugia con sus crías a sabiendas de que fallecerá cuando ellas puedan ir. Una inseguridad impropia de ella se empezó a adueñar de sus pensamientos y pese a que llevaba meses sin verlo decidió ir a su casa, todavía conservaba las antiguas llaves en las que destacaba un corazón partido por la mitad. Esa vil representación de lo que habían sido un regalo de unión al comprar esa casa ahora representaba mejor que nunca lo que sentía, un corazón a medias, un abandono, una insatisfacción constante y la opresión en el pecho de que siempre se pudo hacer algo más.

De camino a su antigua casa decidió leer los mensajes, todos hablaban de ella, de lo mucho que la quería, de lo mucho que la necesitaba en su vida, de lo que la echaba de menos y de lo que significaba en su día a día. Porque... porque solo hablaba de esas cosas cuando había bebido, estaba claro que los borrachos destacaban por su sinceridad, pero también por su cobardía. Nunca, nunca quiso hablar de ello, nunca hablamos de nosotros, de todo lo que paso y de lo mucho que nos afectó. Siempre refugiado en la bebida, en el vicio y al principio incluso en esa sensación que le pareció libertad al abandonar la relación. Por unos días se reencontró con la vida que el mismo había perdido, que nadie se la quitó, pero el solo la fue abandonando y con ello a toda la gente que le rodeaba...

De repente algo le llamo especialmente la atención, normalmente, aunque los años hubieran pasado y supieran que no había nada que hacer, cada vez que él tenía una de esas noches acostumbraba a dejar un último mensaje, uno de esos que calman las aguas con un lo siento y un ya estoy en casa y que dan la tranquilidad de que todo ha terminado, pero esta vez no, esta vez no hubo mensaje.

Empezó a escuchar el buzón de voz, y una cara de asombro y terror se fue adueñando de su rostro que quedó petrificado por la gravedad del asunto, todos hablaban de quitarse la vida, de la necesidad de verla, de que esta sería la última vez y que no pensaba molestarla más... sin pensarlo comenzó a acelerar el paso y dejó de prestar atención a lo que sucedía a su alrededor, la noche todavía encerraba las calles y su sexto sentido le decía que algo malo estaba pasando

Cuando llevaba un rato caminando observó un pequeño tumulto en Gran Vía, del tumulto salía un coche a toda prisa entre el asombro de la gente. Que grandes recuerdos le traía esa avenida, cuantas y cuantas tardes paseándola, cuantas risas, cuantas cenas y cuantas cervezas habían sobrevivido a ella, una avenida que se puede hacer interminable como estaba siéndolo aquel día o podía ser un paso fugaz como lo había sido tantas y tantas tardes.

Él

Una vez más había ahogado su pena, su culpa y su insatisfacción en el alcohol, una vez más la droga más aceptada y que más vidas había sesgado a su paso por la tierra le permitía ver un atisbo de satisfacción dentro de su farragosa existencia. Todas las fases se habían ido cumpliendo, la alegría, la euforia, la agresividad, la tristeza habían ido dominando cada uno de sus actos y se habían desatado en formadas de mensajes, llamadas y cantos a la luna. Una vez más había decidido desahogarse con su exmujer, una vez más la idea de influir la culpa en ella le causaba satisfacción y mareado por el último chupito decidió que sería una magnífica idea dejarle un mensaje en el contestador diciendo que se iba a quitar la vida, que ya nada tenía sentido, realmente le daba igual, él sentía que no la necesitaba y solo se agarraba a ella buscando la normalidad que se había esfumado con su marcha. Quizás era lo único impresionante en su vida, aunque él la sintiera como la que le había hecho desestimar sus sueños. Realmente sabía que no era así, que él era el único culpable de sus actos y que, aunque ya habían pasado cinco años, seguía exactamente igual, muchos sueños, pero pocos cumplidos.

Tras un par de mensajes de voz más, una llamada de socorro de su subconsciente que pedía a gritos un psicólogo y pese a la insistencia del seguridad que le pedía encarecidamente que no cogiera el coche, hizo caso omiso y saliendo chillando rueda.

El efecto túnel que le provocaba el alcohol, se mezclaba con las farolas que pasaban fugaces por el retrovisor, creyendo que con la velocidad dejaría atrás un pasado que amenazaba con perseguirlo de por vida, subió el volumen de la radio mientras apuraba la calada del cigarrillo y tarareaba “*we can be heroes, just for one day*” de David Bowey. Todo pareció quedarse en mute cuando, algo golpeo contra su parachoques deslizándose por la luna y cayendo tras del coche. Miró a su alrededor y el ruido del motor ensordecía sus oídos, aún aturcidos por el volumen de la canción, a su alrededor varias personas habían sido testigos de lo ocurrido, tocaba nervioso aquel llavero en forma de medio corazón que tantas alegrías le había dado, hasta que terminó cayendo al suelo. Presa del miedo y de la borrachera, volvió a subir al coche y desapareció dando tumbos, encerrado en un pánico que lo ayudó a llegar hasta su casa.

Ella

Sumergida en el miedo, empezó a cruzar las calles pensando en la tontería que podía llegar a hacer aquel hombre, nunca se había comportado así y tampoco pensaba que fuera a hacerlo, pero una atracción que podía ser fatal la empujaba a volver a ver a ese hombre que la culpaba de todo lo malo que le pasaba. El tumulto de Gran Vía cada vez era mayor y decidió acercarse para ver que estaba ocurriendo, cuando estaba a escasos metros un miedo empezó a adueñarse de todo su cuerpo y apenas pudo sostenerse, la mujer que yacía en el suelo era ella, pudo ver como al lado de lo que parecía su cadáver había un llavero que coincidía a la perfección con el suyo. De repente supo lo que había pasado, hizo un amago de desmayo, pero seguía ahí, mirando aquel cuerpo inerte, al que se le había esfumado la vida pensando que otra estaba siendo sesgada.

Es aquí, es aquí, la llave coincide... los policías abrieron de un fuerte golpe la puerta.

Lo último que vió fueron 4 cañones apuntando directamente a sus partes vitales, - *queda detenido por el asesinato de Olga Nieto...* lo siguiente fue el desmayo, la culpa, y la sensación de que de una vez por todas sí que había conseguido perderlo todo.